



## La influencia del islam en la cultura europea

# Una propuesta modesta

Lo sensato sería que en España el árabe fuera considerado parte esencial de la herencia nacional



IAN  
Gibson

La llegada de los árabes a estos pagos en el año 711, y su secular insistencia en quedarse en ellos, es algo que saca de sus casillas a **José María Aznar**. De sus comentarios al respecto el más sonado, sin duda, fue el emitido el año pasado en Washington, en relación con las polémicas declaraciones de **Benedicto XVI**. Ya lo sabe el lector: ningún musulmán, pero ninguno, le ha pedido al expresidente disculpas «por haber conquistado España y haber mantenido su presencia durante ocho siglos».

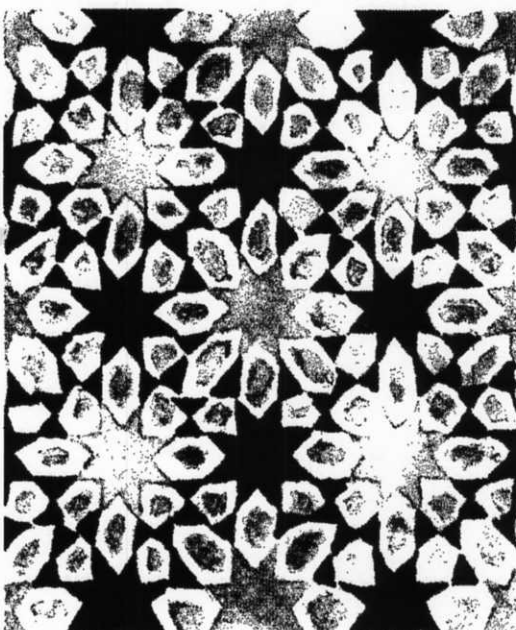
Para **Aznar** la única España es la católica, la España de **Fernando e Isabel**, la que echó a los infieles y descubrió América. Lo de las tres culturas es una patraña. ¡Nunca hubo convivencia! Como lo es la Alianza de Civilizaciones, ideada por **José Luis Rodríguez Zapatero** y su amigo de Estambul. Ni por asomo ha empezado a captar **Aznar** que este país, por su *intrahistoria*, podría ser (otra vez) puente entre Occidente y Oriente. ¿Ha leído algo sobre Al Andalus? ¿Sobre el Toledo de la Escuela de Traductores? ¿Sabe que, sin aquella mescolanza, la cultura europea habría sido de distinta manera y mucho más pobre? ¿Que cuando en otros lugares más norteños había medioevo, en algunas ciudades de Pirineos abajo florecían con esplendor las artes, la filosofía, la medicina, la astronomía, las buenas letras? Parece que no, que de ello no sabe nada ni quiere saber nada. Cuando podría y debería ser motivo de orgullo y de celebración.

EN SU ÚLTIMO número, la excelente revista barcelonesa de historia *Chío* publica un artículo fir-

mado por la periodista **María Ares**, cuyo título, *Lo que Europa debe a Al Andalus. El legado cultural hispanoárabe*, remite al imprescindible libro de **Juan Vernet** *Lo que Europa debe al Islam de España* (El Acantilado, 1999). Si no lo ha hecho, don **José María** haría bien en echarle una ojeada.

Entre otras cosas, **Ares** nos recuerda que el léxico español contiene en torno a 4.000 palabras de origen árabe (el 8% del total), y ello sin tener en cuenta las decenas de miles de topónimos que jalonan todo el territorio. En este espacio he señalado en otro momento el peregrino hecho de que en España, con su fabuloso legado árabe, no se enseñe en los centros escolares ni los rudimentos del idioma. A los del Partido Popular les parecerá de perlas, sin duda, pero sorprende también el inmovilismo al respecto de otras instancias. Lo lógico, lo sensato, lo culto, lo normal y lo práctico sería que en España el árabe fuera considerado no solo una parte esencial de la herencia nacional, sino que se comprendiera su gran importancia, empezando, si se quiere, con su importancia comercial en el mundo contemporáneo.

PARA SER consecuentes, a mí se me ocurre que los *esencialistas* no deberían contentarse con la falta de enseñanza del árabe en España,



CAEBA

Resulta divertido constatar que, según quienes saben, **Aznar** es nombre de raíz árabe. ¿Sabrá algún día rectificar?

sino que deberían trabajar por la extirpación, o cuando menos por la reducción, de los arabismos existentes en el castellano. ¿No se trata de una contaminación léxica inaceptable? ¿No habría que seguir el ejemplo de aquellos griegos que abogan por la extirpación de su idioma de los invasores vocablos de origen turco? ¿No habría que reemplazar a estos miles de intrusos con términos latinos? ¿Emprender una limpieza lingüística?

Sería necesario empezar por Madrid, desde luego, toda vez que se puede considerar un baldón intolérable que la capital de la nación tenga nombre árabe, nombre que, según asegura **Vernet**, significa «lugar en el que abundan los túneles subterráneos de captación de aguas». No

resultaría difícil encontrar o inventar algo más adecuado, de raíz latina, referido, pongo por caso, al glorioso Imperio añorado.

Tal vez aún más grave es el nombre de la llanura recorrida por el Caballero de la Triste Figura, inmortalizada en la primera línea de la novela más famosa del mundo. ¿Por qué se llama la Mancha así? ¿Qué tiene que ver la región con manchas (máculas) o con mangas? No parece tratarse de una metáfora. Nos aclara el asunto otro arabista, el cura aragonés **Asín Palacios**: la palabra en cuestión significa «alta planicie» en árabe. Si no se encuentra voz anterior, venga una de nueva acuñación. Y así con los otros muchos miles de topónimos ofensivos, que nos recuerdan cada día la usurpación musulmana de España.

EN CUANTO A las voces árabes de uso habitual, para muchos se podría encontrar fácil sustituto romance. Acequia, aceite, adalid, albarán, almacén, alcázar, acelga, achaque, acíbar, adoquín, alacena, adobe, alarido, añagaza, azabache, azogue, azotea, alboroto, albóndiga, alcalde, alférez, alcor, aldea, aldaba, almirez, alfarero, algodón, alquitrán, arrabal, arrayán (¡mirto, por favor!), azul, ojalá, zanañoria hasta las consabidas 4.000. ¿Por qué demonios tenemos que seguir usando palabras de la gente que nos invadió en el 711 y luego se atrevió a quedarse aquí ocho siglos como Pedro por su casa?

Es ridículo, claro, seguir empeñado en negar la vigencia, en España, de tantos términos y hasta de modales procedentes de Oriente. Y divertido constatar que, según quienes saben, **Aznar** es nombre de raíz árabe, con lo cual nuestro hombre lleva en las venas, él también, sangre impura. ¿Sabrá un día rectificar? ■

Historiador.